

LA EXHORTACIÓN A LA PACIENCIA. TERTULIANO SAN CIPRIANO Y SAN AGUSTÍN Y LA EVOLUCIÓN DE LA PROSA

M. * ASUNCIÓN SÁNCHEZ MANZANO

Universidad de León

Un mismo tema, la paciencia como virtud cristiana, ha recibido la atención de tres grandes propagandistas de la fe de Jesucristo. El lector aprecia inmediatamente la afinidad que relaciona *De patientia* de Tertuliano, *De bono patientiae* de San Cipriano y *De patientia* de San Agustín. El pequeño sermón de Tertuliano tiene unas características destacables respecto a los otros dos: presenta los principales argumentos que concentran la doctrina cristiana sobre el tema; tiene un esquema de exposición y una forma retórica especialmente cuidada; en cuanto a la doctrina, muestra en un pasaje determinado cierto revanchismo contra la crueldad de los perseguidores de la fe. *De bono patientiae* recoge el esquema de su predecesor, ampliando la ilustración con ejemplos y su doctrina no tiene un solo atisbo de herejía. San Agustín, en cambio, desarrolla el tema de manera independiente, dejando constancia de su saber de maestro de retórica (se aprecia desde el comienzo, en que da una definición de la paciencia a partir de la etimología¹) y de su inquietud filosófica. La crítica a la falsa paciencia de los filósofos (falsa porque no se atiende a la revelación) se

¹ Se puede conocer algo más sobre esta característica de la manera de escribir de San Agustín gracias al estudio de M. BARATIN y F. DESBORDES, «Sémiologie et métalinguistique chez Saint Augustin». *Langages* 16, 1, 1982, pp. 75-89.

cambia en el sermón de San Agustín por una advertencia al hombre corriente sobre la disposición a soportar todo género de desventuras por medrar en el mundo: con mejor disposición hay que sufrir por alcanzar la gloria eterna.

Ahora bien, las tres obras tienen de común, además del tema, unos recursos genéricos que conviene recordar. La correspondencia entre forma y contenido en la lengua es una realidad bien conocida y estudiada por los lingüistas. También la preceptiva poética desde antiguo recomienda determinadas formas o géneros para la expresión de los distintos pensamientos en una circunstancia comunicativa concreta.

Tertuliano en la confección de sus obras atiende a las normas para redactar que existían en su tiempo. Su competencia en esta materia queda sobradamente demostrada en el tratado que lleva por título *Apologeticum* (véase por ej. en la edición de C. Becker de 1954), donde hace gala además de una erudición característica de su ambiente intelectual y que justifica que T. D. Barnes titule el capítulo XIV de su estudio (1985) «The Christian Sophist»; es más, el propio Barnes comenta: «Tertullian's erudition and technique can thus be viewed as a manifestation of the Second Sophist Movement» (p. 213).

En particular, el opúsculo *De patientia* es un buen ejemplo del cuidado que pone su autor en el *numerus* de sus frases y períodos². Se puede observar esta característica en relación con el desarrollo de los argumentos y temas que expone, y con los recursos de estilo empleados.

Sin embargo, la frecuencia con que las figuras literarias contribuyen al ornato de la expresión se complementa y aun sobrepone en ocasiones al cuidado del *numerus*. En cuanto a éste, las cláusulas de final de grupo fónico consiguen que sus palabras lleguen a introducirse dulcemente en los oídos de sus lectores u oyentes, en tanto que los comienzos de frase se abandonan pronto, buscando sin duda ahogar los preliminares en los juegos de palabras y sonidos que rellenan de contenido el espacio entre silencios.

Entre las figuras retóricas más representadas en la obra destacan la paronomasia, la antítesis (a veces combinadas: el par antitético básico es *patientia/impatientia*) la aliteración, el polyptoton, homoeoteuton, homoeoptoton, distinctio, sinonimia y las enumeraciones de miembros equivalentes (*isokola*). Parecen nervios que sostienen la expresión de las ideas.

Son éstas, las ideas, los pensamientos y reflexiones que desarrolla Tertuliano las que constituyen la imagen que la virtud de la paciencia tiene para él: la humildad, la sencillez de corazón, la pobreza de espíritu, la continencia, el

² E. NORDEN (*Antike Kunstprosa*. Darmstadt, 1983 repr. de la segunda ed. de 1909 pp. 943 y 944) destaca la calidad de Tertuliano en aquellos pasajes en que cuida su estilo; en cuanto al *numerus* cita como ejemplo un pasaje de *De pudicitia*.

perdón de las ofensas (contrapuesto a la venganza), la resignación ante la muerte, la generosidad y la confianza en Dios son actitudes morales del hombre paciente. Al final incluso se describe la apariencia física, el aspecto que debe tener quien posee tal virtud (XV, 4-6 alegoría de la paciencia³).

Estos elementos temáticos convienen al contenido del tratado moral cristiano. Si consideramos *De patientia* como ejemplar de este modelo genérico, podemos observar algunas características que se reproducen con frecuencia en las obras de los padres de la Iglesia y, en general, en la literatura eclesiástica. En primer lugar, el tratado debe su forma genérica más a la retórica que a la poética. El *genus deliberativum* de los discursos políticos ante la asamblea, aconsejando o desaconsejando una acción futura que afecte a los destinos de la comunidad, es el modelo más próximo a la monografía moral cristiana. Un rasgo propio de este *genus* es la antinomia *utile/inutile*. En el caso de estos tratados sobre la paciencia, tal antinomia se transforma, pues no se trata de lo que es útil o inútil para la salvación, sino de lo que se recomienda como absolutamente necesario para lograrla; sin embargo, esa antinomia se encuentra en muchas obras de este tipo. Otro rasgo del *genus deliberativum* es común con el *genus demonstrativum* y se aplica decididamente al caso propuesto: el *officium suadendi*. El arte de la persuasión con todos sus recursos se añade a los elementos formales. Los afectos que reconoce la retórica para este *genus* son *spes* y *metus*: la esperanza de la gloria y el miedo a la condenación actúan como refuerzos de los enunciados. Por último, un recurso primordial de este *genus* son los *exempla*, de los que los autores cristianos más antiguos hacen un uso moderado.

La literatura cristiana presenta una especialización de estas características genéricas en razón de la temática: más que convencer con argumentos racionales de la decisión que tiene que tomar la comunidad sobre su futuro, se trata de persuadir a la acción, a un determinado comportamiento que se funda en argumentos de autoridad, en la revelación. En otras palabras, haciendo uso de una distinción aristotélica, no se trata de un razonamiento teórico, de tipo silogístico, cuyo resultado es la verdad, sino la acción, propio de la razón práctica. El bien es la meta que se persigue con esta clase de razonamientos, en tanto que los otros, es decir, los teóricos, persiguen una conclusión verdadera. Quien persuade presenta de ordinario el bien que se pretende conseguir con la acción que se recomienda y con los medios adecuados para ello. El enunciado y la exposición del mensaje de ciertas filosofías helenísticas que

³ Las citas 52 refieren a la edición de J. G. Ph. BORLEFFS en el *Corpus Christianorum* (Turnholt, 1954).

interpelan al individuo concreto (tras la disolución de la *polis*) tiene el mismo carácter. Estos razonamientos pueden presentar apariencias levemente diferentes dentro de la literatura didáctica o de la epistolografía. Las monografías sobre temas de filosofía práctica no eran raras en la Antigüedad, y ejercicios de exposición de virtudes y vicios, y de persuasión eran muy corrientes en la enseñanza escolar, donde se aprendía a dominar el arte de la palabra para hacer defendible cualquier motivo (no olvidemos la presencia de Tertuliano en los ambientes de la Segunda Sofística). La tradición de la oratoria y de la didáctica de tema filosófico sirven de precedente a la elaboración de un género cristiano. Sin embargo, existe un cambio importante en los razonamientos prácticos de este género: el bien último que se persigue mediante la ordenación de la conducta de acuerdo con los preceptos de la doctrina revelada es la salvación. Esta preceptiva se concreta en una serie de sentencias de la enseñanza de Jesucristo y de las Sagradas Escrituras, al igual que en unos ejemplos de vida y de conducta.

Por otra parte, debemos reconocer que la parénesis cristiana debe parte de sus recursos a la diatriba cínica, que influye considerablemente en el estilo de los escritos morales de Séneca⁴. Los elementos dialógicos (diálogo ficticio con un interlocutor o un *quis* innominado) las fuertes antítesis o contrastes⁵, el empleo de anécdotas, las hipérboles son comunes a la diatriba antigua⁶.

También es típico de la exhortación moral cristiana, que al exponer las cualidades estimables se recurre con facilidad a la contraposición polar entre el bien y el mal, la actitud cristiana y la pagana; otras parejas antitéticas imprescindibles son el alma y Dios, al alma y el diablo, la carne o el cuerpo y el espíritu, la salvación y la condenación, el error y la verdad.

La vida de Cristo es la principal colección de ejemplos de paciencia para un escritor cristiano. Tertuliano recurre a ella menos que los otros dos tratadistas. No falta la alusión al pecado original y a los patriarcas del Antiguo Testamento. Ahora bien, el Evangelio es la fuente a la que se acude en busca

⁴ Recordemos también la influencia de Séneca en S. Agustín, sirva de ejemplo y orientación sobre este aspecto el artículo de A. TRAINA, «Seneca e Agostino (un problema aperto)». *RCCM* XIX, 1977, pp. 751-767.

⁵ En el caso de Tertuliano, W. TRILLITZSCH comenta «In stilistischer Hinsicht ist Tertullian vom stoischen Diatribenstil beeinflusst; dies zeigen z. B. seine Vorliebe für die Form der Antithese und Paradoxie, ferner die Zuspitzung der Gedanken zur Wiederlegung der Gegner sowie andere bekannte Stilmittel der Popularphilosophie, wobei sich spezielle Abhängigkeit von verschiedenen Autoren (Klemens Alexandrinus, Varro, Seneca) nachweisen lässt» en *Seneca im literarischen Urteil der Antike*. Amsterdam, 1971, tomo I, p. 124.

⁶ Cfr. A. ULTRAMARE, *Les origenes de la diatribe romaine*, Laussane, 1926.

de máximas: las prescripciones o mandatos del Salvador a sus seguidores exhortan eficazmente a la práctica de las virtudes asociadas a la paciencia.

La pasión de Nuestro Señor y la historia bíblica del santo Job son dos ejemplos excelsos del comportamiento del varón resignado y sufriente. San Cipriano reúne mayor número de ejemplos de conducta paciente (Isaac, Jacob, José, David) que Tertuliano, y comparte con éste los de *impatientia*, con la adición de Esaú y de los herejes de su tiempo. San Agustín desarrolla bastante el ejemplo de Job (*capita* XI y XII) que contrapone a Adam y a los herejes, particularmente los donatistas (cuya consigna es el suicidio cuando se ven acosados por la persecución).

Ahora bien, los caracteres literarios que concurren en estas obras se combinan con el uso adecuado del lenguaje. A este respecto podemos recordar que la retórica es *bene dicendi scientia*, en tanto que la gramática era para los antiguos *scientia recte loquendi*. El lenguaje es un instrumento de comunicación. La obra literaria tiene una manera propia de utilizarlo, según estamos observando en las obras sobre la paciencia. Pero también a través del lenguaje se comunica algo.

Asumiendo este punto de vista, podemos señalar que se hace más inteligible la concepción general de la temática de la obra de Tertuliano desde la observación y muestra de las cualidades del *homo patiens* que desde la virtud abstracta: la *patientia* es el conjunto de cualidades morales del *homo patiens*. Para expresarlo, existe una gran variedad de posibilidades léxicas que ofrece la familia de *patientia*, pero el empleo de ciertos sinónimos que desarrollan los matices de la actitud paciente nos dan más clara noticia del concepto que tiene Tertuliano de esta virtud. Así, en ocasiones la paciencia se reviste de sumisión a la voluntad de Dios (*subire, subicere, seruus, subditus, subsequi*); otras veces parece que es la actitud del que soporta y tolera (*sufferre, sustinere, tolerare*); el desprecio del mundo y sus riquezas (*contemptus*) la continencia (*temperare*) y la perseverancia en la mansedumbre (*perseuerare, permanere, aequanimitas*) contribuyen a perfilar el contenido que se da a *patientia*. Este enfoque se hace particularmente claro en cuantas ocasiones se recomienda la aceptación del sufrimiento: la resignación ante la pobreza, los malos tratos e injurias, el dolor, la enfermedad y la muerte de seres queridos. Sin embargo, son precisamente éstos los aspectos menos sustanciales de la doctrina cristiana de la paciencia, pues por lo común asumen una caracterización diferente y se incardinan de modo distinto en las enseñanzas religiosas. No obstante, la interrelación de todos estos motivos deriva de la semasiología propia de *patientia* y sobre todo del verbo *pati*. A este respecto, podemos citar un par de versos del poeta Lucano (*Phars.* IX, 402-403): «*Serpens, sitis, ardor harenae, dulcia uirtuti; gaudet patientia duris*». Se trata de un ejemplo entre muchos de que la paciencia tenía el

sentido de resistencia física en condiciones adversas dentro del universo comunicativo de la lengua latina, cuya tradición heredan los autores cristianos. La adaptación de este concepto al mundo de valores del cristianismo, tiende a la expresión de la resistencia moral ante la adversidad, además de la resistencia física.

En cuanto a la versión del tema que hace Tertuliano, C. Rambaux (1979a) investigó la tradición filosófica que le puede servir de antecedente averiguando los usos, las palabras *tolerantia* (que no emplea Tertuliano en esta obra, sino al hablar de la persecución en *Scorpiace* y en *De fuga in persecutione*) *tolerare*, *constantia* y *aequanimitas*. Son estas dos últimas palabras las que registran una riqueza mayor en la tradición moral griega (*eupátheia*, *magnothymía*) y latina. Incluso señala a Séneca como fuente privilegiada del tema (*De constantia sapientis*, *De tranquillitate animi*, *De ira*). En nuestra particular opinión, el giro que supone la doctrina cristiana en la mentalidad del hombre antiguo separa profunda y decididamente esta tradición de la actividad compositiva de los tres predicadores cristianos; en apoyo de esta opinión puede aducirse también la elección de las palabras.

Las obras de San Cipriano y San Agustín emplean *tolerantia*, *tolerare* y *perferre* con mayor frecuencia que Tertuliano, pero es *sustinere* la palabra más útil para la expresión de todo tipo de matices de contenido.

La forma de escribir de cada uno de ellos está definida también por los recursos que emplean. Ya hemos mencionado los más comunes en la obra de Tertuliano. La paronomasia se aproxima al efecto de la rima en *De bono patientiae*⁷, mientras que este efecto se acentúa decididamente en el sermón de San Agustín. La función de este recurso es inversamente proporcional al empleo de la preceptiva retórica sobre las cláusulas propias de la prosa de arte. Observemos la variedad y la constancia con que Tertuliano se ajusta al empleo de cláusulas en su obra.

En primer lugar, las esperanzas del autor en conseguir captar la atención del lector u oyente se fundan ante todo en el prólogo, en el que se presenta el tema de una manera cuidadosamente estudiada; el autor se equipara a los demás hombres en la carencia de la virtud, que procede de Dios y sin la cual es imposible agradarle. La palabra inicial, *confiteor*, tiene la medida justa que recomienda Quintiliano⁸ para los comienzos. Las cláusulas con crético (crético y una sílaba, equivalente con frecuencia al dicoreo, crético y dos sílabas y los dos créticos) son las más abundantes en este prólogo y a lo largo de toda la obra. La más sencilla es la que remata el enunciado del tema (*de patientia compone-*

⁷ Especialmente en la última parte de la obra.

⁸ Cf. 9, 4, 96 y 9, 4, 111.

re ausum) así como el final del primer párrafo (*erubescant*). El principio del segundo párrafo recuerda vagamente el de un octonario trocaico (fórmula de comienzo recomendada por los tratadistas).

El segundo tipo de cláusula entre las citadas se encuentra en los párrafos siguientes (tercero a sexto): *cuique dignatur, tacere non norunt patientia possint*; no así en el segundo y el quinto, donde se prefiere el primer tipo: *magnitudo est, perorem necesse est, prouenire*. El tercer tipo se encuentra hacia la mitad del prólogo: *quod frui non datur*; este esquema aparece también en los párrafos séptimo (*de patientia praeferunt*) octavo (*gloriam promouet*) y al final del tercer párrafo del segundo capítulo (*patientia detrahat, tam diu nesciunt*). Quizá sea éste último el mejor conseguido en cuanto al ritmo. Se combinan en él el segundo y el tercer tipo de cláusula.

El tercer capítulo está dedicado a la figura de Cristo paciente y padeciente. Predomina la cláusula del segundo tipo. Los párrafos más densamente trabajados son el cuarto y el noveno: el cuarto destaca el cumplimiento de las profecías sobre la mansedumbre del Salvador y el noveno resume las afrentas y sufrimientos de su Pasión. Este último incluye una cláusula menos frecuente que las de los tipos citados, que se interpreta orgánicamente como crético seguido de anapesto o tríbraco (*contumeliis opus fuerat*) y que habíamos encontrado tan sólo en el segundo párrafo del capítulo primero (*fiat magisterium*). En ambos casos las palabras que las constituyen rematan frases que prologan un desarrollo posterior del motivo que ellas anuncian. De nuevo encontraremos este esquema en III, 11 (*detrectatio fidei est*).

Los párrafos finales, es decir, el décimo y el undécimo, presentan la cláusula que simula en su interpretación orgánica un peón posterior y un crético (*aequanimitatis fides y uero ratio et structio*); es una de las preferidas por Quintiliano. Las dos resaltan convenientemente las ideas que expresan. Este párrafo undécimo termina además predicando el carácter divino de la virtud de la paciencia, como cualidad esencial entre los atributos de Dios, con una elegante relación de dos grupos de tres complementos que acaba con una cláusula ciceroniana que se puede describir con un peón primero seguido de espondeo o coreo (*cuiusdam proprietatis*). El mismo esquema volvemos a encontrar en IV, 4 (*auscultare dubitamus?*).

El también ciceroniano crético con dicoreo anima el final del IV, 2 por geminación de la cláusula final en dos términos repetidos en *distinctio* (*seueritas, liberalitas*) Las enumeraciones de los párrafos primero y tercero de este capítulo cuarto insisten en el empleo del crético, que también predomina en el sexto, al que da fin otro crético con dicoreo. El comienzo yámbico que adorna el citado IV, 2 es superado por el *Ne tamen ut* del párrafo quinto. Sin embargo, todo este capítulo cuarto desarrolla la idea de la obediencia y sumi-

sión que debemos a Dios, y la expresión de comienzo no corresponde al inicio de un nuevo pensamiento, sino al principio de su consecuencia o conclusión final en todo caso; también desmerece la pulcritud de IV, 5 la sobreabundancia de sílabas largas a su término. El polyptoton y la repetición de *obsequium*, reforzada por la figura etimológica (empleo de *obsequor*) y el contraste antitético con *obluctator* se prefieren a un mayor cuidado del *numerus*.

En el capítulo siguiente la táctica de repetición encarecedora se apodera del protagonismo en la expresión y resta eficacia al ritmo cuantitativo. No obstante, en su primera parte (párrafos 1-4) se consiguen tres dobles créticos, figura rítmica que volverá de nuevo más tarde (párrafos 8, 11 y 14). El esquema de crético con anapesto o tríbraco reaparece en V, 6 y V, 11. El diablo y el mal se presentan reiteradamente como vivas imágenes de la impaciencia, ejemplificada con el pecado original del Paraíso. En el párrafo decimotercero se resume la conclusión de todo ello, reforzándola con la repetición de la cláusula del segundo tipo; también este párrafo sirve de bisagra o bien de introducción a un nuevo aspecto de la misma idea, pues se pasa a relacionar la impaciencia con otros vicios, crímenes y pecados. En V, 21 se juega con los antónimos léxicos y la expresión analítica de sus contenidos semánticos.

Como contraposición al contenido temático del capítulo anterior, el sexto ofrece el ejemplo de paciencia de Abraham y de Cristo. La elocuencia de tales ejemplos no precisa muchos adornos para resplandecer con la toda la fuerza de su mensaje doctrinal. Además de los tipos más frecuentes de cláusulas, ya mencionados, encontramos el detalle de un crético dicoreo hacia la mitad del fragmento (párrafo 3 *doctrinam retro defuisset*).

Tal vez sea el capítulo séptimo el más descuidado y el que añade menos información y argumentos al desarrollo del tema. Tertuliano recomienda en esta ocasión el desapego de las riquezas y la resignación ante su pérdida y ante la pobreza. En su párrafo octavo aparece incluso una de las cláusulas censuradas por la preceptiva, la que presentan las palabras *patientiam lucrificiam*.

El octavo capítulo, dedicado a la resignación ante el sufrimiento y el dolor físico se empareja con el noveno en la temática, pues éste refiere la actitud que se debe tener frente al dolor moral que ocasiona la pérdida de los seres queridos. Contiene en germen los argumentos típicos de la consolación cristiana. Las máximas de Cristo apoyan la exposición de motivos. El texto de VIII, 2 queda realzado con una de ellas, introducida por cierta cláusula equivalente al crético seguido de dos sílabas, pero donde las dos largas del crético aparecen disueltas (*dominica monela*); la resistencia paciente se expresa al final con el empleo repetido de *sustinere*. En VIII, 7 esta resistencia ante las afrentas se

expresa con el símil del proyectil que no consigue herir la dura roca. En los últimos párrafos el doble crético alterna con el crético seguido de dos sílabas.

Otra cláusula ciceroniana que emplea Tertuliano es el tríbraco espondeo: *impatientia doloris*. (IX, 2). Es lo más destacado en el ritmo del capítulo noveno, que termina con dos créticos.

Prosigue en el décimo el descenso de tensión rítmica de la forma que comentábamos en los capítulos séptimo al noveno. La cláusula específica de comienzo (*Est et alius*) hincha velas de esperanza sobre una intensificación de los recursos formales que no tarda en desvelar su falta de aliento. La tensión no se restablecerá hasta el capítulo decimotercero, volcado ya en las recomendaciones finales, que requieren siempre un acento más encarecido.

Con todo, en el décimo sufre una leve crecida el estilo insistente, de repeticiones y estructura bimembre en la complementación, que tomará incremento en el capítulo undécimo para decaer de nuevo en el duodécimo. El primero de estos tres tiene un contenido doctrinal más rico, que incide de lleno en el ámbito temático de la virtud de la paciencia: se trata de la venganza de las ofensas, contraria a la actitud cristiana del perdón. No así el segundo de ellos, donde el progreso temático queda frenado, para insistir en la necesidad de perseverar en la paciencia en las distintas situaciones que se han ido comentado a lo largo de las reflexiones morales que recoge esta obra. En adelante prosigue la exhortación a la mansedumbre y al amor cristiano, con sentencias tomadas del Evangelio, la mayoría de ellas Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña, y de la enseñanza de San Pablo. La decadencia en el empleo de recursos poéticos se corresponde directamente con el aluvión de citas de fuerte significado doctrinal, pertenecientes al núcleo mismo de la enseñanza y de la moral práctica del cristianismo. Se observan algunos trazos de ese estilo muy marcado al que nos hemos referido repetidamente, entre cita y cita: es la manera aleccionadora en que Tertuliano suele exponer sus sermones (XI, 8; XII, 5; XII, 10). La austeridad penitente en los cuidados debidos al cuerpo, que se recomienda en el capítulo decimotercero, queda reforzada por una frase representativa de este estilo: *Haec patientia corporis precesiones commendat, deprecationes adfirmat; haec aures Dei aperit, seueritatem dispergit, clementiam elicit* (XIII, 3). Más muestras encontramos en el párrafo sexto y en el octavo (con las palabras *caro, carcer, fuga; infirma, firmandae...*).

El capítulo decimocuarto vuelve a la recomendación de perseverancia en la paciencia, y menciona circunstancias de la vida diaria y el ejemplo del santo Job. En las enumeraciones se prefiere la estructura trimembre con leve extensión en el tercer miembro (XIV, 2; XIV, 3). Se aprecia una breve aliteración de sonidos guturales al final del párrafo tercero, de nasales en el cuarto y

el quinto, de los sonidos gutural sorda con sibilante en el cuarto. Los tres tipos de cláusulas con crético están representados, si bien no en abundancia.

Si se tuviera en cuenta la cadencia de los distintos grupos fónicos y de sentido de los últimos capítulos, se observaría una lectura con pausas muy marcadas y frecuentes. En ella se advertirían también algunos finales de grupo con predominio de sílabas largas (XV, 2; XV, 3; XV, 7) que tienden a compensar la velocidad con la que se suceden los contenidos y los pensamientos. La agilidad que dan las sílabas breves al comienzo del texto contribuye a esta sensación de rapidez con que se busca culminar el discurso. Predomina el crético seguido de dos sílabas, con esporádicas apariciones del doble crético. En la exhortación a la perseverancia de XV, 7, hacia el final, se observa una aliteración de nasales que se percibe con bastante claridad, así como al final de XV, 5 se amontonan los sonidos guturales. El elogio de la paciencia precede a la descripción del hombre paciente, siempre con pinceladas rápidas y brillantes.

La obra termina con el desprecio a las formas de paciencia de los gentiles, y a sus vicios, y la amenaza del fuego eterno que les espera. La última frase resume las recomendaciones que se han ido exponiendo en la unidad de *Patientia spiritus* y *patientia carnis* (mansedumbre y confianza en Dios por una parte y austeridad y continencia por otra), aprovechando *spiritus* y *carnis* para una nueva expresión que cierra la obra.

Los párrafos de mayor elaboración desde el punto de vista literario, dejando de lado los del comienzo y los del final, que requieren más trabajo, no encierran por sí las ideas más valiosas, pero sí les dan eficacia. La eficacia de la forma no está reñida con la profundidad de contenido, sino que se suman frecuentemente. Los paralelismos en la mención de términos antitéticos o contrapuestos consiguen realzar las actitudes modélicas que se predicán. Hace uso de las posibilidades de insistir en estos contenidos que le ofrecen las familias léxicas y las equivalencias semánticas. Los contrastes se producen por doquier entre sonidos, palabras, miembros y frases, hasta el punto de que la exposición se organiza conforme a la antítesis *patientia/atientia*. En efecto, la actitud que se prestigia consigue un mejor efecto si se contrapone a su contraria, perteneciente al ámbito del mal y de lo diabólico.

Se aprovechan los juegos posibles con la cantidad silábica, que en algún caso pueden ser tachados de artificiosos (sobre todo en los finales de frase en que la duplicación de elementos sugiere la búsqueda deliberada de cláusulas) pero que como requisito indispensable del buen tono literario de la época, y como elemento de realce de la expresión en numerosas ocasiones resulta muy oportuno y válido. Todo este cuidado de la forma literaria se corresponde con

un buen orden expositivo, en el que se suceden a buen ritmo los distintos motivos del tema.

En la obra de San Cipriano, *De bono patientiae*⁹ la variedad se restringe de manera apreciable. Las cláusulas más usadas son justamente las que van a acabar dando paso a los *cursus*. En concreto, la conocida cláusula ciceroniana que, interpretada orgánicamente, se puede describir como un peón primero seguido de espondeo o coreo, en los usos que aparecen en la obra permiten una interpretación ajustada al *cursus trispondaicus*. Lo mismo se puede decir de la relación que se advierte entre la cláusula crético seguido de espondeo o coreo con el *cursus planus*; igual en lo que corresponde a la cláusula coreo seguido de coriambo respecto al *cursus tardus*. Todo esto se complementa con la esporádica aparición de finales de período acordes con el *cursus velox*.

La cláusula crético espondeo o coreo es el final de período más abundante (diecinueve casos¹⁰). Hay cuatro finales clausulares¹¹ y no de *cursus* y cinco de *cursus planus* donde no aparece la citada cláusula¹².

Diez son los casos de *cursus tardus* no asimilable a cláusula¹³, y seis los ambivalentes¹⁴.

⁹ En las citas el primer número se refiere a la edición de C. MORESCHINI en el *Corpus Christianorum* (Turnholt, 1976), mientras que el segundo representa la página de la edición de W. Hartel en el *Corpus Vindobonense* (III, 1, Wien, 1868).

¹⁰ O veintitrés, añadiendo los e.; de la nota 11; pero con ritmo acorde con el *cursus planus* son los siguientes: *instruat dicens* 1,397; *prodesse peccati* 4, 404; *actibus nostris* 5,401; *tenore servavit* 6,401; *non recusare* 6, 402; *caelestis admittit* 8,403; *benignius dici* 8,403; *sanguinem Christi* 8,403; *instruit dicens* 9,403; *clementer impertit* 10,404; *nativitate quam flere* 12,405; *repellit adversa* 14,407; *patientiam iunxit* 15,408; *amissione carorum* 17,409; *virtute provectus* 18,410; *commendat et servat* 20, 411; *praenuntiat dicens* 22,414; *resistit et dicit* 24,415; *vindicetur in terris* 24,415.

¹¹ *Ceteri saginantur* 6,401; *patientia coronetur* 13,407; *terminis coeretur* 20,411 y *vindicaturum* 24,414.

¹² *Monente et dicente* 1,397; *sudore et labore* 11,405; *multum rogare* 20,412; *loquitur dicens* 21,412 y *semper tacebit* 23,414.

¹³ *Facere possitis* 1,397; *esse degeneres* 2,398; *corpus abluere* 6,401; *velle colligere* 6,402; *devotionis obsequitur* 10,404; *concordiam redigit* 10,404; *Patientia opus est* 13,406 y *repente nec pater est* 18,410 (ambos en el caso de realizarse con cierta pronunciación); *laude promeruit* 18,410 y *silentium tenuit* 23,414.

¹⁴ Es decir, con medida clausular y ritmo de *cursus*: *inverecunda iactantia* 2,398; *patienter occiditur* 10,404; *intellegantur et cetera* 14,407; *intercedente custodiant* 15,408; *primus et perdidit* 19,410; *sublimiter provehit* 20,412. Se puede citar también un ejemplo de final de frase con medida semejante a los anteriores, pero con ritmo acentual diferente: *victimam tacens ducitur* 7,402.

En el grupo de finales de período clausulares y semejantes al *cursus velox*, tenemos once¹⁵, contra trece casos que puedan parecerse al *cursus* pero no sean clausulares¹⁶.

La ambivalencia cláusula/*cursus trispondaicus* se produce en catorce ocasiones¹⁷, mientras que se puede considerar la posibilidad de *cursus* y no de cláusula en cinco casos¹⁸.

En cuanto al *numerus* de los miembros de frase, no se observa la preceptiva antigua, más que en un par de ocasiones¹⁹. Hay trece finales de miembro que reflejan el esquema del *cursus planus*, pero, a excepción de dos de ellos²⁰ guardan la apariencia de la cláusula crético espondeo o crético coreo²¹. Nueve pueden asemejarse al esquema del *cursus tardus*²²; cinco al del *cursus velox*²³, cuatro al *cursus trispondaicus*²⁴.

¹⁵ *Spiritibus praebeamus* 2,398; *pluvias largiatur* 4,399; *patientia sustinere* 6,401; *caelestibus permanebit* 15,408; *viribus perseverat* 15,408; *tolerantiae firmitate* 16,408; *delectet habitare* 16,409; *viribus sustineri* 17,409; *patientia praedicetur* 18,410; *postmodum non tacebit* 23,414 y *verit non silebit* 23,414 (ambos pronunciados sin acentuar el non).

¹⁶ *Dicitur audiatur* 1,397; *poculo propinavit* 7,402; *ecclesia non haberet* 8,403; *Dominum deprecatur* 10,404; *conflictationibus laboremus* 11,404; *patientia coronetur* 13,407; *omnia sustinere* 15,408; *liceat nec odisse* 16,409; *importet consideremus* 19,410; *Domini prosiliret* 19,411; *individuum caritatem* 20,412; *timentibus honoremur* 24,415. Este ritmo aparece también en *ceteri saginatur* 6,401, citado en nota 11.

¹⁷ Así es en *observatione tueamur* 1, 397; *salute perimatur* 6, 401; *passione profitetur* 7, 402; *semper inimicos* 8, 403; *aequanimitate tenuerunt* 10, 403; *infesta toleremus* 12, 406 *repraesentante capiamus* 13, 407; *cruore maculatur* 14,407; *lenitatis imitator* 16, 408; *delectet habitare* 16, 409; *observatione teneamus* 20, 411; *patris imitatur* 20, 412; *maiestate venerandus* 22,414; *potestate manifestus* 23, 414.

¹⁸ *Facinus agnoscant* 7,403; *anima testatur* 12,405; *nequitia possedit* 19,410; *odia compellit* 19,411; *festinatione properemus* 24,415.

¹⁹ Primer párrafo del apartado 15, 407-408 que comienza «*Cariitas fraternitatis...* y un párrafo del apartado 16, 409 que comienza» *Sit patientia in corde...*, pero no con total fidelidad al modelo tipológico.

²⁰ *Maxillas ad palmas* 23, 414 y *credentium Deus* 23, 414.

²¹ *Peccata portare* 6,401; *patienter audita* 7,402; *perseverare* 13,407; *desolata non durat* 15,408; *posse nec pacem* 15,408; *esse iam coepit* 16,409; *amissione temptatur* 18,410; *custode servavit* 19,411; *non potest ferre* 19,411; *terrestre figmentum* 19,411; *praecepta servemus* 24,415. Meramente clausulares: *verberaretur* 7,402 y *pessimus viam Christi* 20,412.

²² Tres semejantes al *cursus* y no clausulares: *vincentibus tribuit* 7,402; *immortalitas fuerit* 17,409; *ardoribus febrium* 17,409. Ambivalentes: *talís existeret* 8,403; *adire temptaverint* 16,409; *semper et congregari* 17,409; *cruciatibus vulnere* 17,409; *familiaris infligitur* 18,410; *posset et fallere* 18,410.

²³ Semejantes al *cursus* y no clausulares: *diabolus et uxorem* 18,410; *importet consideremus* 19,410. Ambivalentes: *firmitas unitatis* 15,407; *ausus est postulare* 19,411; *peccatoribus puniamur* 24,415. Encontramos también un crético dicoreo con esquema acentual distinto del que caracteriza al *cursus velox*: *apostolorum lavare* 6,401.

²⁴ Semejantes al *cursus* y no clausulares: *iacula emissa* 18,410; *neque contradixit* 23,414; *nostris cogitemus* 24,415. Ambivalente: *ipse pateretur* 7,402.

Tales cifras pueden dar exacta medida del tránsito de un modelo rítmico al otro. La abundancia del esquema del primer tipo se debe probablemente a su relativa sencillez. De todas formas, es el esquema que se va a preferir en el futuro para los finales de miembro, al igual que el del *cursus velox* será el preferido para los finales de período. Vemos cómo ambas tendencias se observan ya en *De bono patientiae*.

La evolución con respecto al estilo de Tertuliano continúa dando un paso más en la obra de San Agustín²⁵. Desaparecen las cláusulas y comienza el dominio del *cursus*²⁶. El empleo de la rima consigue hacer llegar con habilidad a los oyentes los contenidos que los autores anteriores transmitían con otros recursos rítmicos del arte de la prosa. La especialización de usos de estos nuevos patrones de estilo aún no está perfilada, pero la tendencia a su empleo es muy notable; podemos apreciar que paradójicamente está menos definida que en el caso de la obra de San Cipriano. Es posible que el empleo de cláusulas más o menos desdibujadas mantenga unos patrones de uso más perdurables, en tanto que la recién estrenada flexibilidad en este aspecto, precise más a menudo de una especialización.

La construcción de los periodos, extensos y plurimembres la mayoría, demuestra la maestría del santo en la enseñanza de la doctrina. Las novedades de contenido que presenta respecto a los otros dos tratadistas son, por una parte, el aspecto práctico de la virtud, que ha de prender en el corazón del hombre concreto; por otra, el debate de los planteamientos doctrinales discutidos por los herejes; en tercer lugar, la profundidad teológica, apreciable sobre todo en aquellos pasajes en que explica la impasibilidad de la esencia divina, cualidad por la que no parece correcto poner a Dios como modelo de paciencia (como hacían los predicadores anteriores) y en aquellos otros donde afirma la necesidad del amor y la gracia para poner por obra la paciencia como don de Dios.

En aquellas frases donde no se consigue propiamente rima asonante, se ponen en juego profusamente recursos muy emparentados con ella, como son el homoeoptoton o la paronomasia. Se intensifican las enumeraciones, en un intento de pintar más a lo vivo virtudes, defectos y situaciones.

²⁵ Recogida en la colección Migne, v. 40, pp. 611-626.

²⁶ Todavía es muy limitado el uso de este elemento compositivo: hasta la mitad del opúsculo se pueden encontrar algunos ejemplos, que salpican aquí y allá la exposición, después se hacen más escasos. En la primera parte se combinan sobre todo finales de período afines a los *cursus tardus, velox* y *trispondaicus*. En la parte central de la obra, predomina el esquema semejante al *cursus planus*, que termina combinándose con el correspondiente al *cursus velox*.

Por supuesto, los estilos de los tres predicadores son, en principio, incomparables entre sí, pero parece posible que la frecuencia del uso de determinados recursos sí puede reflejar las tendencias de cada generación. La semejanza de estilo y de planteamiento de esta obra de San Cipriano con la del autor de la generación anterior se debe a su admiración por Tertuliano (es notable la cercanía de ambos en el tiempo y en el espacio). Ahora bien, después de poner de relieve las características de este género de escritos y las notas que tienen en común, también han quedado claras las diferencias. Se podrían haber comentado algunas características más, analizando aisladamente el estilo de cada autor y las características de este estilo que se ponen de manifiesto en estas obras, pero las citadas parecen suficientes para la comparación. La diferencia de la obra de San Agustín con las restantes se debe a la enorme personalidad literaria y humana del santo, a lo que se añade el paso del tiempo. Un comentario a fondo de este texto podría extenderse al menos tanto como este trabajo²⁷.

En definitiva, la insistencia de los tratadistas cristianos en este tema nos ha dado ocasión de revisar la lenta evolución de las pautas de estilo en un esfuerzo denodado de proselitismo. Este esfuerzo restringe la variedad y riqueza de los recursos acuñados en el oficio forense y literario durante generaciones. Ahora bien, a pesar de que ninguna de estas obritas representan lo mejor de la predicación de sus autores, hemos podido comprobar cómo los recursos empleados antaño para resaltar cualquier mensaje, se ponen al servicio de la propagación de la fe.

²⁷ Un manual que recoge los principales aspectos del estilo de la predicación en esta época es el de ST. M. OBERHELMANN, *Rhetoric and Homiletics in Fourth-Century Christian Literature. Prose Rhythm, Oratorical Style and Preaching in the Works of Ambrose, Jerome and Augustine*. Atlanta (Georgia), 1991.

BIBLIOGRAFÍA

- BARNES, T. D. (1985), *Tertullian. A Historical and Literary Study*. Oxford. (2nd. Ed.)
- BECKER, C. (1954), *Tertullian's Apologeticum. Werden und Leistung*. Munchen.
- FONTAINE, J. (1966), *Aspects et problèmes de la prose d'art latine du III siècle. La genèse des styles chrétiens*. Torino.
- HAGENDAHL, H. (1983), *Von Tertullian zu Cassiodor. Die profane literarische Tradition in dem lateinischen christlichen Schrifttum*. Goteborg.
- HOPPE, H. (1985), *Sintassi e stile di Tertulliano*. Brescia. (Rep. ed. Leipzig 1903).
- JONGE, Ed. de (1905), *Les clauses métriques dans Saint Cyprien*. Louvain.
- MEMOLI, A. F. (1971), *Studi sulla formazione della frase in Cipriano*. Napoli. esp. cap. I «L'Amplificatio in synonymia come lievitazione della frase», pp. 7-60 y cap. II «Sviluppo e ridondanza della frase nella figura del «sinatresmo», sobre todo pp. 8387.
- MOLAGER, J. (1981), «La prose métrique de Cyprien. Ses rapports avec la prose rythmique et le *cursus*.» *REAug XXVII*, pp. 226-244.
- RAMBAUX, C. (1979a), *Tertullien face aux morales des trois premiers siècles*. Paris. esp. cap. VI «La patience ou la vertu supreme».
- (1979b) «La composition du *De patientia* de Tertullien. » *RPh LIII*, pp. 80-91.
- SCHELOWSKY, G. (1901), *Der Apologet Tertullianus in seinem Verhältnis zu der griechisch-romischen Philosophie*. Diss. Leipzig.
- VAN GRONINGEN, B. A. (1965), «General Literary Tendencies in the Second Century. » *Mnemosyne XVIII*, pp. 41-56.
- VV. AA. (1977) *Christianisme et formes littéraires de l'Antiquité tardive en Occident*. Genève.